

Lo ya apuntado sugiere la dificultad de analizar especialmente el siglo XX. No sólo por falta de perspectiva histórica, sino además por su riqueza y complejidad. En este sentido, nos parece muy acertada —y bien realizada— la decisión tomada por el Autor, de centrarse en lo que juzga más consolidado y significativo: «el nacimiento y consolidación de la teología espiritual, y el redescubrimiento de la llamada universal a la santidad, con su influjo particular en la espiritualidad laical» (p. 279). Del primer campo, destacamos su descripción del acercamiento de la teología y la filosofía a la experiencia y la vida espiritual. Porque lo hace de manera audaz y coherente con el resto del trabajo: a través de una persona, santa Edith Stein, interesante exponente de esta realidad. En cuanto a lo segundo, sigue la misma metodología. Esta vez es la figura de san Josemaría Escrivá, el modelo para exponer la fecunda corriente de espiritualidad en torno a la llamada universal a la santidad y la espiritualidad laical.

No falta tampoco alguna referencia al Vaticano II. Aunque se trata de un tema en el que queda mucho por estudiar, sí se apuntan las líneas maestras de la espiritualidad consolidada e impulsada por el Concilio. La renovación de la espiritualidad laical, sacerdotal y religiosa en consonancia con la llamada universal a la santidad y al apostolado; el papel de la Sagrada Escritura en la vida espiritual del cristiano; la centralidad de la liturgia, especialmente de la Eucaristía, etc.

En definitiva, nos encontramos con un nuevo intento —muy logrado— de explicar la historia de la espiritualidad cristiana. A partir de un método directo y concreto, la vida y escritos de los santos maestros de espiritualidad de las diferentes épocas (no están todos, porque es imposible; pero sí están todos los que tienen que estar), se nos ofrece un resultado completo y original.

Pablo MARTI

Joseph RATZINGER, *Europa. Raíces, identidad y misión*, Ciudad Nueva («Persona y sociedad»), Madrid 2005, 123 pp., 13 x 20, ISBN 84-9715-083-X.

En el presente volumen aparecen una serie de conferencias, discursos y homilias del entonces cardenal Ratzinger, pronunciados en los años inmediatamente anteriores a ser elegido el nuevo pontífice de la Iglesia católica. Este hecho le da un relieve especial a estas palabras. El tema de partida —tal como promete el título— es Europa. Elaboraba el cardenal Ratzinger un lúcido análisis histórico y un diagnóstico sobre la situación actual en *Europa. Sus fundamentos espirituales ayer, hoy y mañana*, una conferencia pronunciada en Berlín en el año

2000. Habla allí con meridiana claridad de crisis y decadencia. «Europa, precisamente en esta hora de su máximo éxito, parece haberse quedado vacía por dentro, paralizada en cierto sentido por una crisis de su sistema circulatorio: una crisis que pone en peligro su vida, que depende —por así decirlo— de transplantes, los cuales no pueden hacer en realidad otra cosa que eliminar su identidad» (p. 22). En parte, sigue diciendo, esta decadencia europea se explica porque Europa quiere prescindir de sus propias raíces cristianas. «Hay aquí un odio de Occidente a sí mismo que es extraño y que sólo se puede considerar como algo patológico. Occidente intenta de modo loable abrirse —lleno de comprensión— a los valores externos, pero ya no se ama a sí mismo. De su propia historia ya sólo ve lo que es execrable y destructivo, mientras que no está ya en situación de percibir lo que es grande y puro» (p. 32).

Esta memoria de Europa —seguía diciendo— tiene una serie de consecuencias en el orden moral y político. Los valores de la libertad, la igualdad, la solidaridad y la dignidad humana son valores europeos (y, en el fondo, cristianos) que deberían ser reconocidos, incluso por escrito en las constituciones y declaraciones del Viejo Continente. Además, reivindica la familia como un factor configurador de la historia de Europa; olvidar este importante legado no supondría sólo olvidar su historia, sino también comprometer seriamente su futuro. «Europa ya no sería Europa si esta célula fundamental de su edificio social desapareciera o cambiara esencialmente» (pp. 30-31). Por eso Ratzinger abogaba por una purificación de la cultura europea —a veces propiciada por el entorno multicultural en que nos encontramos—, a la vez que se rescata y se renueva la rica tradición que ha hecho de nuestro continente (al menos, en alguna ocasión) una tierra grande y generosa. Para mantener esta propia identidad —vuelve a insistir— la religión desempeña un papel determinante. «Seguramente no puede subsistir sin un respeto a lo que es sagrado» (p. 32).

Pero también transcendía el teólogo alemán los estrechos límites del continente europeo. En el famoso debate entre Jürgen Habermas y Joseph Ratzinger en la Academia católica de Múnich, en enero de 2004, se preguntaba el anterior prefecto acerca de la posibilidad del proyecto de una «ética mundial», tal como ha propuesto Hans Küng. «La cuestión de qué es el bien, especialmente en el contexto actual, y de por qué hay que hacerlo —incluso en perjuicio propio— es una pregunta fundamental todavía sin respuesta» (p. 68). Ante la dificultad de esta empresa universalista, Ratzinger proponía que la solución no se encontraba tan sólo al nivel de la ética, sino también de una mutua interrelación entre razón y religión. «Hemos visto —concluía— que en la religión hay patologías altamente peligrosas que hacen necesario reconocer la luz divina de la razón como una especie de órgano de control por el que la religión debe de-

jarse purificar y regular una y otra vez, cosa que ya pensaban los Padres de la Iglesia. Pero nuestras consideraciones han puesto también de manifiesto (y la humanidad hoy, en general, no se da cuenta de ello) que también hay patologías de la razón, una arrogancia de la razón que no es menos peligrosa; más aún, si consideramos su efecto [destructor] potencial: llámese bomba atómica o ser humano entendido como mero producto. Por eso también a la razón se le debe exigir que a su vez reconozca sus límites, y que aprenda a escuchar a las grandes tradiciones religiosas de la humanidad. Si se emancipa del todo y renuncia a su capacidad de aprender, si renuncia a la interrelación, se vuelve destructiva» (p. 80). Sólo después de esta recíproca purificación entre razón y religión, Occidente estará en perfectas condiciones para poder dialogar con las demás culturas, concluye.

Ratzinger ha hablado de forma repetida sobre la importancia de la verdad y la razón para la vida humana y para el cristianismo (véase mi estudio *Joseph Ratzinger. Razón y cristianismo*, Rialp, Madrid 2005). En estos últimos textos, vuelve a aparecer este tema quizás incluso con mayor insistencia de la habitual. En efecto, el anterior prefecto veía que la razón tiene también una importante utilidad para la política y la democracia. «La decisión por mayoría es —en muchos casos— la “vía más razonable” para llegar a soluciones comunes. Pero la mayoría no puede ser el último criterio; hay derechos que ninguna mayoría tiene derecho de abrogar. La matanza de inocentes nunca puede ser elevada a derecho por parte de ningún poder. También se trata aquí, en última instancia, de defender la razón: la razón, la razón moral, es superior a la mayoría» (p. 64). También con este intercambio la ética saldría ganadora, tal como argumenta el mismo Ratzinger al hilo de un recuerdo. «En mi debate con el filósofo Flores d'Arcais tocamos precisamente este punto: los límites del principio del consenso. El filósofo [de tradición agnóstica] no podía negar que existen valores que ni siquiera las mayorías pueden poner en tela de juicio. Pero ¿cuáles? Ante este problema, el moderador del debate, Gad Lerner, planteó la pregunta: ¿por qué no tomar como criterio el decálogo? Y es que en realidad el decálogo no es propiedad privada de judíos o cristianos. Es una expresión altísima de razón moral que, como tal, coincide ampliamente también con la sabiduría de las otras grandes culturas. Referirse de nuevo al decálogo podría ser esencial precisamente para regenerar la razón, para dar un nuevo impulso a la *recta ratio*» (p. 66; cfr. p. 87).

Es más, Ratzinger acaba proponiendo la razón como una condición fundamental para la paz en el mundo, en las circunstancias actuales. Ratzinger concluía de un modo taxativo que en esta situación es de vital importancia la relación entre razón y religión, y que la búsqueda de su justa relación se sitúa

en lo más profundo de nuestra preocupación por la paz. Cambiando una frase de Hans Küng (*kein Weltfriede ohne Religionsfriede*: no habrá paz en el mundo sin una paz entre las religiones), yo diría que sin paz entre la razón y la fe no puede haber tampoco paz en el mundo, porque sin paz entre razón y religión se secan las fuentes de la moral y del derecho» (p. 93). La religión sin razón se vuelve fundamentalista, ciega y ajena a toda ética y a cualquier derecho, hasta llegar a los mismos extremos del terrorismo en nombre de Dios. La razón sin religión también se pierde y desorienta, hasta alcanzar de igual modo la muerte y las ideologías totalitarias. Por el contrario, el futuro y la solución para ambas locuras radica en un *si Deus daretur*, en un replantear el intento ilustrado en clave creyente. Por eso el cometido de los cristianos resulta hoy especialmente importante. «Los cristianos estamos hoy llamados no ciertamente a poner límites a la razón y a oponernos a ella, sino a negarnos a que se reduzca al ámbito del hacer y a luchar para poder percibir lo que es bueno y a Aquel que es Bueno, y lo que es santo y a Aquel que es Santo. Sólo así se libra una auténtica batalla en favor del hombre y contra la inhumanidad. Sólo una razón que esté abierta también a Dios, sólo una razón que no relegue la moral al ámbito de lo subjetivo o que lo reduzca al mero cálculo, puede oponerse a instrumentalizar la idea de Dios y las patologías de la religión, y puede ofrecer curación» (pp. 96-97).

Volviendo al tema de Europa, en un discurso en el cementerio alemán de La Combe en verano de 2004, titulado después *La gracia de la reconciliación*, recordaba el entonces cardenal Ratzinger que la grandeza de Europa (tras renacer de sus cenizas después de la caída del Imperio romano o en la reconstrucción tras la II Guerra Mundial, por ejemplo) residía precisamente en el decálogo y en la razón que reconocía a Dios. Propone entonces a todos los cristianos una común tarea ecuménica. «También hoy, la responsabilidad ante Dios y el enraizarse en los grandes valores y verdades de la fe cristiana —valores que van más allá de las distintas confesiones cristianas, porque son comunes a todas— son las fuerzas irrenunciables para edificar una Europa unida, que sea mucho más que un único bloque económico: una comunidad del derecho, un baluarte del derecho no sólo para sí misma, sino también para toda la humanidad. [...] Sólo si hacemos que Dios entre en el mundo, la tierra puede iluminarse y el mundo puede ser humano» (pp. 120-121). En definitiva, Ratzinger recuerda que la única solución —también en la actualidad, para Europa y para el mundo— son los principios intangibles de Dios, la naturaleza, la verdad y la razón, como los únicos verdaderos garantes de la libertad y de los derechos humanos. Propiciar un diálogo entre todos los sectores del pensamiento, incluso por parte de aquellos que no se confiesan creyentes, constituirá una clara ganancia para todos, parece concluir Ratzinger. Tal vez el ejemplo de Habermas

(de quien Metz dijo que no se le podía reconocer un pensador posmetafísico, pues había reconocido el valor veritativo de las distintas tradiciones religiosas) sea esperanzador en este sentido. Una interesante propuesta que habrá que ir estudiando y proponiendo en las distintas instancias.

Pablo BLANCO

Ignazio SANNA, *L'identità aperta. Il cristiano e la questione antropologica*, Queriniana («Biblioteca di teologia contemporanea», 132), Brescia 2006, 449 pp., 16 x 23, ISBN 88-399-0432-8.

El Prof. Sanna, de la Pontificia Universidad Lateranense, ofrece con esta monografía una reflexión valiosa, bien escrita e inteligentemente desarrollada sobre un tema difícil e interesante: el de la identidad cristiana. Lo hace pasando previamente por un terreno tan complejo y accidentado como es el de la identidad humana como tal, o mejor el de la identidad de la persona, en el que a menudo se atorán el pensamiento y la praxis sociocultural contemporáneos. Será un libro provechoso para quienes trabajan en el campo de la antropología filosófica o cultural, así como para los interesados en profundizar en los fundamentos de la antropología teológica, desde una perspectiva en la que se dan cita la gran tradición antropológica cristiana y las inquietudes de la teología contemporánea.

El texto, como no podía ser de otro modo, está en relación de continuidad con algunos otros de los publicados por el autor tanto en años recientes, como por ejemplo: *L'identità umana nell'epoca della globalizzazione* (2003), o *L'antropologia cristiana tra modernità e postmodernità* (2004), como con otros menos cercanos en el tiempo, como son: *Immagine di Dio e libertà umana. Per un'antropologia a misura dell'uomo* (1990), o bien el conocido *Chiamati per nome. Antropologia teologica*, que ha visto su tercera edición en 2004. El volumen que comentamos recoge el saber y la experiencia de todos ellos, pero va al mismo tiempo más allá.

El estudio de la temática ha quedado distribuido en dos partes, con un total de seis capítulos, cuyo contenido describimos brevemente a continuación.

La Primera parte ha sido titulada: *Identidad abierta, entre biología y biografía*. Se plantea en ella la cuestión acerca del significado y contenido de la noción de «identidad de la persona», que se construye sobre el doble fundamento de la naturaleza (biología) y de la cultura (biografía). Cuando la relación entre esos dos esenciales componentes del fundamento entra en crisis, como ha su-